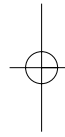



ALBERT CARACO

# POST MORTEM

TRADUCCIÓN Y PRESENTACIÓN  
DE JUSTO NAVARRO

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2006

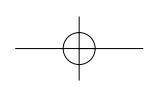


Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Justo Navarro sobre el original francés *Post Mortem*

© Éditions L'Age d'Homme, Lausanne 1968  
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006  
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
e-mail: ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1589-7  
Depósito legal: S. 108-2006  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006



## PRESENTACIÓN

Justo Navarro

Albert Caraco nació en 1919, en Constantinopla, pues así llamaba él a Estambul, nombre de Constantinopla desde 1760. Personaje irreal, aunque no imaginario, se dice que nació en julio o agosto, y se sabe que se suicidó en París, en septiembre de 1971, o de 1972, según otras versiones, al día siguiente de morir su padre. Lo había avisado Caraco: «Si una mañana mi padre no se despertara, yo lo seguiría de buen grado». Lo siguió, como lo había seguido en su vida errante de judío rico, heredero de sefardíes establecidos en Constantinopla desde antes de 1500. Los turcos borraron a los Caraco de los registros y los obligaron a vagar por Europa, de Viena a Praga, Berlín y París, antes de la Segunda Guerra mundial.

A Caraco, hijo de familia sin casa ni tumbas, no le gustaba recordar su infancia ni su adolescencia, y, en la madurez, veía en su pasado juve-

nil el futuro de la humanidad: la suerte de los judíos prefigura la de todos los seres humanos. Pero en 1939 el banquero José Caraco compró en París pasaportes hondureños para los suyos. Había seguido los titubeos y fracasos de la diplomacia internacional, el movimiento de tropas. Tuvo el instinto de huir de Hitler. Cuando en Honduras fallaron los sobornos y un decreto revocó la condición de hondureños de los Caraco, la familia deambuló por Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, ciudades que, mucho después, en 1970, Albert Caraco recordaba inhabitables, espiritualmente desiertas, lugares de los que la gente sensata y sensible sólo deseaba irse.

Vio América del Sur como un continente de exiliados perpetuos, ansiosos de modas europeas. La familia se convirtió al catolicismo por sociabilidad, y el joven Albert se reveló un prodigio de las fiestas mundanas, recitando en algún consulado su interpretación personal, en francés, de la epopeya de Juana de Arco. Era un niño pasado de peso, abombado, premiado en ferias de provincia. La influencia del padre le consiguió algunos éxitos en una sociedad venal, que Caraco recordaría feudalizante, una simbiosis de señores desarraigados y caprichosos, clero despótico, po-

licía odiosa y militares entrometidos, en ciudades insanas y sin museos.

El errante Caraco, una vez a salvo en París en 1946, eligió encerrarse a leer libros de viajes, sus favoritos, aislado en su mínima familia, mundo dentro del mundo. «Mi auditorio son las paredes de mi cuarto», escribió en *Mi confesión*. Uruguayo en Francia, rey de los desconocidos, inexistente, sólo encontró puertas cerradas. En París, como en Buenos Aires, se quejaba de frecuentar siempre el mismo mundo, el de las familias semejantes a la suya, familias ridículas, decía, en todas partes ridículamente iguales. Había estudiado en la École de Hautes Études Commerciales, donde, según contaba, se aprendía a vivir en mala postura, como en los bancos de la clase, mintiendo. Dice que escribía por necesidad de verdad. A falta de vida verdadera, optó por la vida interior. «Sólo he tenido vida interior, estuve dormido hasta los treinta años».

Pagaba por publicar sus fragmentos, una larga conversación en silencio, airada, consigo mismo, provocándose y respondiéndose, un cruce de diarios y diálogos sobre la historia, las razas, las clases, las religiones, el sexo o los buenos modales, reflexiones proféticas («Soy uno de los profetas

de estos tiempos y el silencio me rodea», apuntó en su *Breviario del caos*), intempestivas, acerca de un mundo que, según Caraco, se vuelve atroz, se quedará sin aire ni agua, para que nos exterminemos en el afán de sobrevivir («No nos entenderemos sobre nada, porque nos faltará de todo»). Caraco habla solo, con vehemencia categórica, en francés, español, inglés y alemán, como si lo habitaran voces diversas. Vladimir Dimitrijevic, ferviente lector que se convertiría en su editor, lo recuerda en el verano de 1964, cuando acaba de conocerlo y charlan del exilio y la Europa común: Caraco, «mandarín solitario de gestos medidos e impasibles», era también la alegría de conversar con inteligencia.

Vivía por cortesía hacia sus padres, asegura Dimitrijevic. No se mataba por atención a ellos. La madre, la Señora Madre, murió en 1963, y entonces Caraco escribió *Post Mortem*. El lenguaje amoroso suele ser solitario, dolido, irritado, religioso, imprevisiblemente feliz, un cruce de disgusto y veneración, celos y comunión, desesperación y consuelo. La amante, en *Post Mortem*, es la madre, a la que Caraco dice inmediatamente no querer, como haría un amante resentido frente a la catástrofe de la ausencia. El hijo amante, como

todos los enamorados, crea una imagen de su enamorada, enferma, miedosa, supersticiosa, feliz, frívola y bellísima en el Berlín de 1925, o iluminada en la catedral de Aix, perfecta, hacia 1960, aunque haya sido la madre mutiladora, la que le inculcó al hijo la prevención contra las mujeres, la desconfianza, el desprecio, mujer traviesa y llena de gracias, con quien era espléndido vivir. Se maquillaba y le enseñaba al hijo cómo las mujeres ocultan su mundo negro bajo el colorete y la barra de labios.

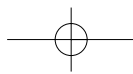
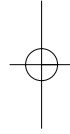
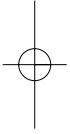
La madre es una mujer que habla mal de las mujeres, egoísta, enemiga, absorbente, monstruosa. Colma de ternuras al hijo, lo abruma de besos, lo empalaga de mimos, lo vacuna para siempre contra el afecto de mujer. «Me alejé del amor», dice Caraco. La madre es la mujer única. «Me impuso el deber de seguir siendo un niño eterno», dice Caraco, que ahora descubre el amor a una madre eterna, arquetípica, Madre Gloriosa. *Post Mortem* es una ofrenda de alabanza. La Madre amantísima ha sido reencontrada en la muerte, más viva que cuando vivía, y el amor perdido, resentido, se convierte en sacralización. La madre se multiplica, ausente, y aparece en todos los sitios y en todos los tiempos, allí donde alguna

vez compartió la vida con el hijo. La ausencia es un imprevisto estado de gracia.

«Amamos a quienes han de morir y amamos únicamente porque nos sentimos mortales y amenazados», dice Caraco, que reencuentra a la madre en sus vestidos vacíos, en los paseos por París, en el abrazo al padre. Ahora el amante espera a la muerte como a una amiga, «como esperaba, de niño, a la Señora Madre». «La llevo en mi seno, es mi hijo», dice Caraco, refiriéndose a la madre muerta, como antes hablaba de la muerte, una especie de muerte-hijo en el seno de la madre enferma. *Post Mortem* habla de soledad: una cuestión de amor entre madre, hijo y padre, el tercer personaje de la historia de amor de Albert Caraco. Morir no era una cuestión personal, sino una trama amorosa, de vida y tumba en común. Desaparece la persona amada y uno se siente desaparecer. No es un delirio, es un razonamiento que se realiza a la vez que se piensa, y así Albert Caraco cerró la historia al día siguiente de la muerte del padre.



## POST MORTEM



La Señora Madre ha muerto, hacía tiempo que la tenía olvidada, su fin me la devuelve a la memoria, aunque tan sólo sea por unas horas, meditemos sobre ello antes de que caiga otra vez en los pozos del olvido. Me pregunto si la quiero y me veo forzado a responder: *No*, le reprocho que me haya castrado, poca cosa en verdad, pero... Me ha legado su temperamento y es más grave, porque sufría de alcalosis y alergias, y ahora yo las padezco incluso más que ella y mis enfermedades son innumerables y además... y además me ha traído al mundo y yo profeso aversión al mundo.